

Contra la función empresarial y sus nefastas consecuencias



Jesús Banegas
Presidente
Foro de la Sociedad Civil

El mayúsculo escándalo político de la “autoamnistía” y el “despiadado ataque” a la Constitución -en palabras de Felipe González- están ocultando “las cosas de comer” en nuestro país de las que muy poco se habla y a las que los socialistas se refieren diciendo: que estamos viviendo “el mejor momento de España” -según Zapatero-, que “España avanza” -según la propaganda del PSOE- y “estamos progresando” -según confiesa Sánchez- a cambio de dismantlar el Estado de derecho”, siguiendo instrucciones a distancia de un delincuente desde Waterloo.

La realidad soportada por los datos internacionales es otra: con el socialismo del siglo XXI -Zapatero & Sánchez- España ha empeorado más que nunca: nuestra renta *per cápita*, la convergencia con la UE, la productividad, el nivel de empleo, la fiscalidad, la deuda pública y la inversión, es decir, todos y cada uno de los factores que determinan la verdadera prosperidad de las naciones. Es decir, el nuevo socialismo, además de presentar los peores registros económicos de nuestra historia contemporánea, miente descaradamente.

Como es bien sabido por la ciencia económica y es de sentido común, la riqueza de las naciones es el resultado agregado del ejercicio de la función empresarial. A lo largo de la historia los países ricos se caracterizan por la proliferación de muchos y exitosos empresarios mientras que en los pobres abundan menos y tienen menos éxito porque se enfrentan a obstáculos de todo tipo: falta de respeto a los derechos de propiedad, inseguridad jurídica, voracidad fiscal, abusiva proliferación de regulaciones administrativas, amén de crecientes obstáculos a la creación, crecimiento y cierre de las empresas. Se le suman a todo ello los desprecios e incluso los ataques públicos *ad hominem* a empresarios del presidente del gobierno; algo obviamente inaudito en el orbe civilizado.

En contra de la boba visión del actual socialismo español, la riqueza no preexiste a la acción humana representada por la función empresarial, que descubre oportunidades de crearla de la nada para compartirla con sus clientes, empleados y accionistas; amén de con el Estado a través de los impuestos.

Aunque parezca increíble, hasta Carlos Marx en su *Manifiesto Comunista*, si se sustituye la palabra “burguesía” por su sinónimo “función empresarial”, sostenía literalmente que: “la función empresarial ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas”, para añadir que las empresas “han sabido hacer brotar, como por encanto... fabulosos medios de producción y de transporte.”

Sin embargo, en la educación -socialista-española, los libros de texto según investigó Manuel Jesús González en su ensayo “*El empresario y la economía de mercado. Breve recorrido por los textos de Historia, Geografía y Economía utilizados en los centros de Enseñanza Secundaria*” (2003), tratan al empresario de manera peyorativa. Menos mal, que tan perversa educación no parece haber cosechado los resultados previstos por los pedagogos socialistas y una gran mayoría de españoles, según revelan las encuestas de

opinión, no están de acuerdo con los gratuitos y ofensivos ataques del Gobierno a las empresas.

Existe un amplio consenso, tanto doctrinal como empresarial, acerca de los factores que alimentan el éxito de las naciones:

1. Debe ser fácil crear una empresa, y también cerrarla.
2. Los mercados financieros deben funcionar bien.
3. Las relaciones laborales deben ser flexibles y, por tanto, adaptativas.
4. El marco legal y la seguridad jurídica deben amparar la función empresarial.
5. La libre entrada y salida en los mercados debe estar garantizada.
6. La fiscalidad debe facilitar, no entorpecer, la función empresarial.
7. El marco institucional debe facilitar la innovación como factor consustancial del crecimiento a largo plazo.

Un gobierno responsable, no doctrinario, debería asumir y actuar en consecuencia respecto a dichos factores en vez de alimentar la mala educación socialista de sentimientos antiempresariales, que ni siquiera Marx planteó en su Manifiesto.

Cabe recordar, al respecto, la canónica definición contemporánea de “socialismo” del profesor Huerta Soto: “Todo sistema de agresión institucional y sistemática en contra del libre ejercicio de la función empresarial”, para entender cabalmente las actuaciones del actual gobierno.

La ministra comunista de trabajo, que carga contra sus espaldas políticas el mayor desempleo de Europa -incluso con su maquillaje estadístico-, no conforme con dicho desastre y elevándose por encima de los legítimos derechos de propiedad propios de cualquier mundo civilizado, amenaza con ordenar las horas de trabajo y las remuneraciones de los altos ejecutivos de las empresas. No se atreve, todavía, a plantear su nacionalización, pero si llegara a exigirlo algún partido independentista es bastante probable que el gobierno, apelando a su doctrina de hacer de la necesidad virtud, complaciera a su vicepresidenta ■